

ESTUDIO

Borita, la Fantástica

por Jaime García Padrino*

Uno de los personajes más emblemáticos de LIJ española de la posguerra, Antoñita la Fantástica, se ha quedado huérfana. Su creadora, Borita Casas, falleció en octubre pasado a los 88 años de edad, sin haber tenido la alegría de ver reeditados los libros que le dieron fama. Con la perspectiva de los años, el autor del artículo sitúa en su justa medida los valores de una obra que debemos considerar hoy como un clásico de nuestra literatura, y que nos ofrece una crónica de la vida en el Madrid de los años 40 y 50, eso sí, vista desde los ojos ingenuos y despiertos de una espabilada niña de la clase media de la ciudad.



ZARAGÜETA,
ANTOÑITA LA FANTÁSTICA,
GILSA, 1948.

Hace casi dos meses —el pasado 26 de octubre— nos llegaba la noticia del fallecimiento de Borita Casas (Liboria Casas Reguerio), creadora de Antoñita la Fantástica, la protagonista infantil más característica de los difíciles años de nuestra posguerra, con la que llegó a alcanzar una popularidad tan indiscutible como la que tuvo en los años anteriores a 1936 Celia, de Elena Fortún. Parece, por tanto, de justicia que dediquemos un breve recuerdo a su memoria y que, además, tratemos de reivindicar un cierto valor como una de las obras clásicas de nuestra literatura infantil, por encima de los condicionantes impuestos por la mentalidad vigente en la época de su creación.

De las ondas al papel

Liboria Casas nació en Madrid, el 21 de julio de 1911. Al terminar la guerra se inició como locutora radiofónica en Radio Nacional, prestando su voz a programas como *Charlas del hogar* y

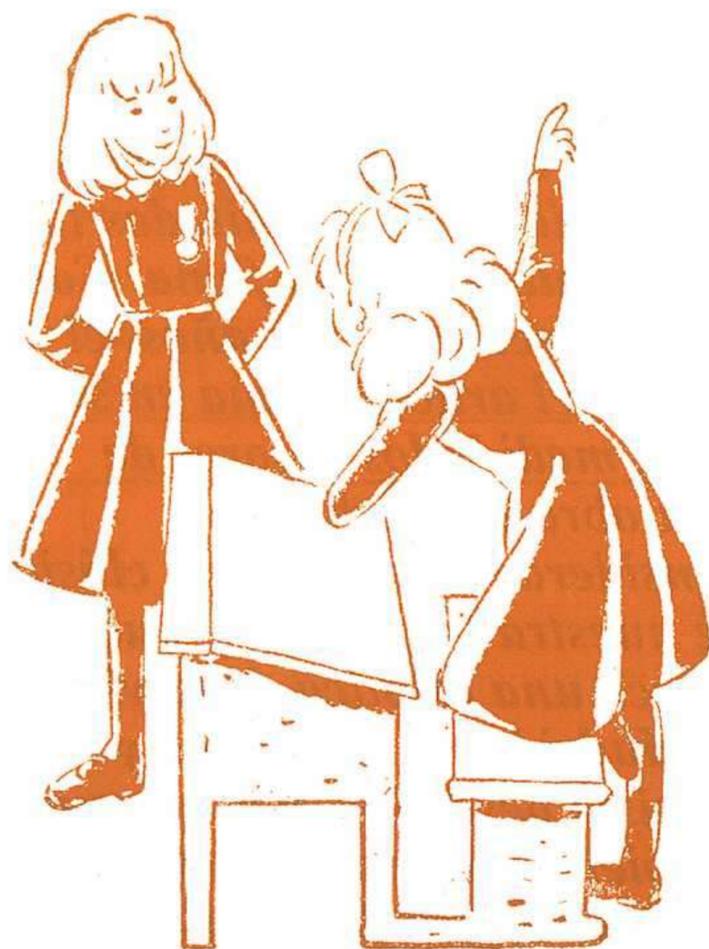
Boutique insólita. Pasó después a Radio Madrid, donde a mediados de los años 40 se le encargó que desarrollara el papel de la protagonista en *Las charlas de Antoñita y don Antonio*, con plena libertad para inventar las intervenciones de esa niña en unos diálogos con un adulto.¹ Borita Casas contaba así el origen de este personaje: «Antoñita la Fantástica comenzó su luz verde [sic] en la *Emisión Infantil* de Radio Madrid, allá hacia finales del 47. Yo era locutora de la emisora [...]. De la mano de Manolo Bermúdez y Eduardo Ruiz de Velasco se presentó un jueves Antoñita (tres minutos; y era yo misma; nunca precisé del cuadro de actores) y tuve un gran éxito. Tanto, que al cabo de tres o cuatro emisiones en las que Antoñita subía en audiencia y simpatía, me llamaron de Galerías Preciados para patrocinármelas. Y naturalmente acepté encantada; pasando Antoñita a charlar los miércoles a las diez y media de la noche. / Aquellos diálogos de *Antoñita y don Antonio* fueron un exitazo, sin vanidad. Los escuchaba todo Madrid sin

distinción de clases; me enviaban cartas, dulces y... juguetes».²

La rápida aceptación popular del personaje³ justificó también el paso de sus peripecias a la letra impresa. Primero, como entregas semanales en la revista *Chicas*, dirigida por Consuelo Gil Roeset, y después, en volúmenes editados por Gilsa. Así contaba la propia Borita Casas el éxito de estas ediciones: «La fama no se puede silenciar. Y al cabo de varios meses y graciosas charlas, yo ya empezaba a estar cansada. Entonces vino a verme la catedrática de Inglés del Instituto Lope de Vega, directora de la revista *Chicas*, proponiéndome colaborar en ella. Al principio me pareció difícil dar el sí. Al fin y al cabo escribir para la radio es mucho más fácil que en un libro. Éste, queda; se analiza, se relea. (Los guiones se los lleva el aire.) Pero me convenció doña Consuelo Gil de Franco y el director del Instituto, don Ángel Cruz Rueda; este señor, además de su categoría intelectual, era un enorme admirador de Antoñita, no se perdía una emisión. En 1948, en el n° 4, en la



ZARAGÜETA, MÁS HISTORIAS DE ANTOÑITA LA FANTÁSTICA, GILSA, 191948.



ZARAGÜETA, MÁS HISTORIAS DE ANTOÑITA LA FANTÁSTICA, GILSA, 1948.



Foto de Borita Casas hecha en la década de los 50.



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA Y SU TÍA CAROL, GILSA, 1949.

portada de *Bibliografía Hispánica*, Abril, apareció mi retrato. Mucha gente deseaba conocer a “la verdadera” Antoñita. Y confieso que me gustó y animó mucho. También por entonces apareció en la Editorial Gilsa mi primer libro, el cual además, respaldado por mi publicidad radiofónica, (no había aún televisión), fue un exitazo inenarrable. Y así, después de un libro, sin forzarme, vino otro: hasta doce. Y siempre en la Editorial Gilsa.»

Dicho origen quedaba reflejado en el saludo del personaje a sus lectoras de la revista *Chicas*, ofrecida en el primero de esos libros, *Antoñita la Fantástica* (1948):

«¡¡Ya estoy aquí!!

De pronto, queridas niñas que leéis MIS CHICAS, ha pasado una cosa fantástica. Sí, sí: *fantástica*. A mí no me importa nada que me digan que soy eso, al contrario; yo creo que en el fondo me gusta, y muchas veces me pongo a reír por dentro, que es una cosa que me da mucho gusto, porque no se entera nadie más que yo. Así que por fuera estoy tan seria y hasta pongo cara de tonta, que me sale muy bien, cuando oigo decir a las amigas de mamá que se creen tan ocurrentes:

—¡Ay, qué Antoñita tan fantástica! ¡Esta criatura tiene demasiada imagi-

nación! —decía el otro día la señora de Manzanillo, como si ella entendiera más que nadie en el mundo de imaginaciones, que es tan difícil.

—¡Como que está expuesta a una meningitis! —dijo de pronto la señora de Pinos Altos, que es otra amiga de mamá que se cree que todo lo sabe y que por eso mi chacha Nicerata la ha puesto de mote, sin que se entere mamá, Doña Sabelotodo. ¡Ay, que risa, Dios mío, si ella se enterara!. Bueno, pues como os iba contando, queridas amigas, ellas se creen que me hacen rabiar con decirme que no vivo en la realidad y que si soy tonta; y no saben las pobres que las tontas son ellas, porque lo más aburrido del mundo para mi gusto es precisamente la realidad esa que dicen todos.»

Retrato de una clase social y una época

Esa diferencia en el modo de ver la realidad, puesta así en boca de Antoñita por la autora, es el motivo central de todas y cada una de las peripecias vividas por la niña en el Madrid de 1947. En torno a esa figura —creada como claro reflejo de su propio carácter y como recuperación literaria de la infancia perdida— Borita Casas puebla las dis-

tintas aventuras cotidianas con personajes adultos a los que asigna un definido papel, tanto en función de su sexo como de su condición social. Así, y dentro de un ambiente típico de la clase media madrileña en aquellos años de posguerra, Antoñita retrata el carácter y los comportamientos de sus padres, su abuela, su hermano Pepito, la tía Cárol y las dos criadas de la familia, Remigia y Nicerata, convertidas en miembros particulares de ese grupo humano. Junto a ellos, los primos de Antoñita y, sobre todo, Malules, la mejor amiga de Antoñita, completan ese enfrentamiento entre los modos de entender por parte de los adultos y por parte de los niños.

La buena acogida de ese volumen por parte de las lectoras infantiles, apoyada en la buena base de la aceptación que tuvo antes la correspondiente emisión radiofónica, justificó la continuidad de estas entregas en libro, presentadas por la autora como los apuntes que iba recogiendo su protagonista en unos cuadernos. De tal modo, la segunda entrega de la serie, *Más historias de Antoñita la Fantástica* (1948), se centra en su vida en el colegio —una vez que la niña ha alcanzado ya la edad adecuada—, con la misma estructura desarrollada en breves episodios independientes y contados desde el punto de vista de la niña, mediante el recurso de la narración en

primera persona y el diálogo directo con las lectoras. En ese desgranar de situaciones un tanto tópicas relacionadas con las primeras experiencias escolares de la protagonista, destaca la peculiar recreación de uno de los momentos claves en la evolución de una niña de aquella época, la preparación para la Primera Comunión:

«En cambio, en el colegio, la Madre Visitación nos pone el corazón en un puño. Es la que nos repasa el Catecismo a las catorce que vamos a confesarnos y por lo visto se ha propuesto hacernos la vida imposible.

—Miren ustedes; un niño, cuando hace una confesión mal hecha —nos dijo el otro día enseñándonos un dibujito en el cual a un chico le sale por la boca una serpiente echando llamas. ¡Ay Virgen Santa, qué miedo!

—Pero, ¿eso puede pasar? —me preguntaba muy asustada Pepita Gómez, que era otra de las que se preparan para la Confesión, y es tan meticulosa que apunta en un cuadernito las mentirijillas que dice al día.

—Pues... yo creo que sí —dijo Melocotón Sánchez que también está preocupadísima con el examen de conciencia—. ¿No veis que esa serpiente representa al demonio, que no quiere ni por nada que confesemos nuestros pecados?

—¡Silencio! —ordenó la Madre en



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA Y TITERRIS, GILSA, 1950.

vista del barullo que había organizado con el dibujito de la serpiente. Y luego, para tranquilizarnos un poco, mandó a Milagros Martínez que dejara las nueve cosas por las que se perdona el pecado venial, que por cierto son todas facilísimas de hacer. Pero,

¡si la que nos pone nerviosas es la Madre Visitación!»

El tercero de los volúmenes protagonizado por este personaje —*Antoñita la Fantástica y su tía Cárol* (1950)— refleja ya una clara preocupación de autora por los cambios propios de la edad en la protagonista y, sobre todo, por seguir adaptándose, al mismo tiempo, a la propia evolución de sus lectoras y de sus gustos literarios. Desde esa perspectiva, la autora justificaba tales cambios desde la propia presentación del volumen, donde la niña alardea ante sus lectoras de los avances conseguidos en su faceta de escritora:

«Este cuadernito me va a salir estupendamente, porque como he aprendido mucha Gramática, sé la mar de verbos y adjetivos que vienen la mar de bien a las grandes escritoras como yo... ¡Hoy, no sabéis la de trucos y retrucos que sé ahora! Por ejemplo: en lugar de decir que estoy triste, puedo poner que me encuentro apenada, que estoy afligida, que tengo el ánimo caído o que estoy baja de forma... Qué de cosas, ¿verdad?

Pues para cuando me encuentre alegre, sé una palabra preciosa que la dice mucho la tía Cárol y que hace elegantísima...

La palabra se llama *eufória*, con acento en la *o*, y es muy conveniente saberla porque es de gran lucimiento cuando haya que decir que está una muy contenta, o muy divertida, o muy satisfecha de la vida...»



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA Y TITERRIS, GILSA, 1950.



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA Y TITERRIS, GILSA, 1950.

El desarrollo de esta tercera entrega —«tercer cuaderno», como lo denomina la propia Antoñita— gira en torno a la estancia veraniega en un pueblecito —Villar del Prado—, marco así de los amores entre tía Cárol y tío Santiago, que son contemplados y descritos por la niña con la ingenuidad propia de sus años, para cerrar el volumen cumpliendo una función decisiva como «Cupido entrometido y revoltoso» en la buena resolución de ese noviazgo. De tal modo gana importancia en esta tercera entrega el personaje de tía Cárol, como figura modélica para Antoñita y reflejo evidente de la propia personalidad de la autora.⁴

De niña a mujer

Llegado el desarrollo de las peripecias cotidianas de Antoñita a ese momento considerado como «edad de la razón», la autora se enfrentaba al problema de continuar con el cambio hacia la adolescencia en el carácter de la protagonista, o de volver a la edad así perdida concediendo un mayor protagonismo a Titerris, la hermana pequeña de Antoñita. Aparece así una nueva entrega, *Antoñita la Fantástica y Titerris* (1950), donde la autora exponía tales premisas creativas en la siguiente «advertencia a las amigas de Antoñita la Fantástica»:

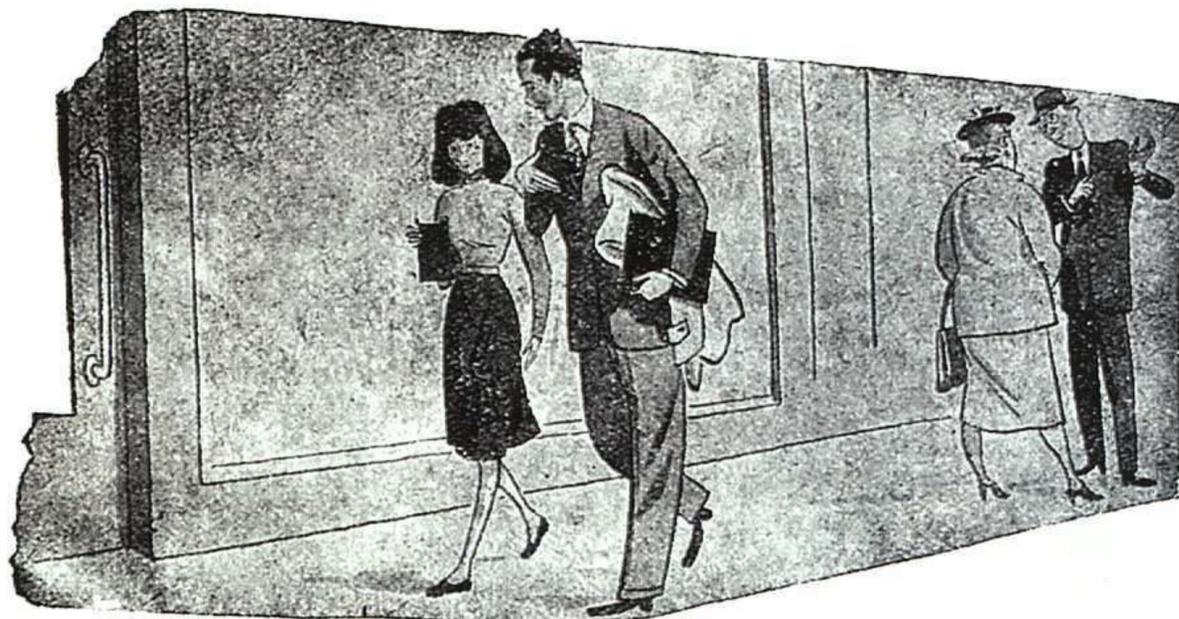
«Nuestra querida y popular heroína va creciendo irremisiblemente y en este libro es ya una jovencita ingenua y asombrada ante la vida, pero, al fin y al cabo, ¡una jovencita!

Por eso os aconsejamos, “peques” que todavía no habéis llegado a la “edad del pavo”, busquéis en los tres primeros libros de Antoñita a la simpática niña, acorde con vuestros gustos y edad.

¡Tiempo tendréis de leer este último cuando cumpláis quince años, como ella!

¿No os parece mejor así?»

Desde tales premisas y coincidiendo con la entrada en la década de los 50, las siguientes entregas de nuevos «cuadernos» de Antoñita están animados por el deseo de superar la inevitable pérdida de una inocencia infantil idealizada. Ese ra-



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA Y TITERRIS, GILSA, 1950.

dical cambio, impuesto por la evolución natural de la protagonista, se hace patente en la quinta entrega, *Antoñita la Fantástica se pone de largo* (1951), centrada en su noviazgo con quien se descubre después como admirador de sus libros anteriores. En una lógica progresión, *La hermana de Antoñita la Fantástica* (1953) presenta al personaje central convertido en una mujercita que espera «ilusionada su primer hijo», para trasladar así el protagonismo de los correspondientes episodios a Titerris: «Ella tiene la misma edad que su hermana cuando la conoci-

mos», aclara la autora. No menos curiosa es la justificación ofrecida para *Las amigas de Antoñita la Fantástica* (1955): después de hacer referencia a la despedida del volumen anterior, donde anunciaba el propósito de ocuparse en describir las gracias de Cascabel, ese primer hijo esperado, la aparición de dos adolescentes anima a la autora a cambiar tales planes y centrarse de nuevo con su bien acrisolada Antoñita, convertida ahora en intrépida periodista que emprende un viaje por España para saber qué ha sido de sus amigas de la infancia.



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA SE PONE DE LARGO, GILSA, 1951.



ZARAGÜETA, ANTOÑITA LA FANTÁSTICA SE PONE DE LARGO, GILSA, 1951.

En el volumen siguiente, *Cuando Antoñita la Fantástica cumplió diez años* (1955), la autora intenta una vuelta atrás para recuperar episodios relacionados con los años anteriores, que puedan seguir interesando a unas lectoras en la incierta transición entre infancia y adolescencia. Convierte así en narradoras a las velitas de la tarta de aquel cumpleaños, quienes recuerdan distintas peripecias de entonces y sin perder ni la línea ni el tono de las primeras entregas. Tal lucha con los problemas del inevitable crecimiento de su protagonista era reflejada así por Borita Casas en el siguiente diálogo de claros acentos pirandellianos:

«—No es eso —puntualizó rápida—. Porque créeme que si intento escribir una novelita, podría hacerlo con más o menos habilidad e interés. El proyecto no me parece nada difícil.

—¿Entonces...?

—¡Ah, es que se trata de algo mucho más sincero que endilgar un argumentito mono a base de inventar situaciones y personajes! Eso sería coser y cantar. Pero ése no es mi caso.

Callé, intuyendo que nuestra amiga hablaba con gran fundamento.

—Precisamente, si mis libros han tenido eco y resonancia en el corazón de mis amigas, ha sido por su autenticidad —continuó—. Lo mismo en

chicas que en grandes. A través de ellos vive y respira una niña que muy bien podría ser cualquiera de ellas. ¿Por qué no? Antoñita no inventa, no adorna el ambiente de falsa guardarropía, ni se preocupa si sus cuadernos están escritos correctamente. Se limita a volcar en ellos cuanto ve, cuanto observa. Ingenualmente, con sinceridad...

En su voz había un matiz de indefinible nostalgia al proseguir.

—He crecido un poco de prisa, ¿sabes? Y tú has tenido mucha culpa en ello. ¿Por qué no me dejaste seguir escribiendo mis cuentos de cría imaginativa, mis primeras sensaciones de chavala asombrada ante la vida, todo ese mundo fabuloso e impagable que es la infancia de una vida?».

Esa vuelta atrás vuelve a aparecer en *Otra vez Antoñita la Fantástica* (1956), con el recurso de un viejo cuaderno enviado por la protagonista a la autora, y donde puede encontrarse «cualquier secreto maravilloso de la infancia». Los siguientes volúmenes, *Antoñita la Fantástica en México* (1957) y *El álbum de Antoñita la Fantástica* (1958)⁵ añaden escasas notas originales que no sean ese reflejo constante de un bien determinado modo de ser y de entender la realidad, dentro de un evidente propósito literario: crear una protagonista que personi-

ficase, de algún modo, su particular visión de la realidad e incluso animar con ese recurso la recreación de sus propias experiencias infantiles.

El desarrollo de tan peculiar recreación literaria de una idealizada infancia de nuestra posguerra, se basa en la repetición de un esquema ya clásico a la hora de plantear el protagonismo de una niña enfrentada, desde la perspectiva de su carácter ingenuo e inexperto, al mundo adulto. Tal esquema cuenta con una particular tradición en nuestra literatura infantil, desde M^a Atocha Ossorio y Gallardo (impulsora de inefables protagonistas femeninas infantiles en las primeras entregas de *Gente Menuda*, en 1906 como suplemento del diario *ABC*), pasando después por Elena Fortún (Celia, Cuchifritín, Matonkiki, Mila), Emilia Cotarelo (Mari-Pepa), Carmen Conde (Chismecita), o Josefina Álvarez de Cánovas (Marisol), en una enumeración que no pretende ser exhaustiva.⁶ En tales personajes literarios se percibe siempre un cierto carácter de proyección personal de cada autora en los rasgos esenciales de su personaje, así como en el ambiente y en la realidad reflejada en las sucesivas peripecias vividas por sus principales protagonistas.

A diferencia de las anteriores autoras citadas, Borita Casas se dedicó casi en exclusiva a su personaje de Antoñita la Fantástica, salvo una ocasional incursión en el teatro infantil (*Teatro de monigotes*) impulsada por la popularidad gozada en aquellos años. No obstante, hoy parece





ZARAGÜETA, LA HERMANA DE ANTOÑITA LA FANTÁSTICA, GILSA, 1953.

justo reconocer su aportación a la literatura infantil española por haber creado, a lo largo de toda una década, uno de los personajes femeninos que se han convertido en un claro símbolo de aquella época histórica en nuestro país.⁷ ■

* **Jaime García Padrino** es catedrático E.U. de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Facultad de Educación, de la Universidad Complutense de Madrid.

Notas

1. Además de Borita Casas, como intérprete de Antoñita, la serie contaba con las interpretaciones de Joaquina Carrera y Antonio Calderón (Cristóbal, Ramiro, «Introducción», en *Antoñita la Fan-*

tástica. Edición, introducción y notas de Ramiro Cristóbal. Madrid: Castalia, 1989, p. 12).

2. Carta manuscrita de la autora dirigida al autor de este artículo con fecha 23 de julio de 1985.

3. Ramiro Cristóbal se pregunta por el «misterio de este éxito repentino» y añade que «puedan darse explicaciones psicológicas, sociológicas, literarias y hasta políticas del fenómeno». A renglón seguido apunta una justificación por «su origen radiofónico...; la serenidad y la ausencia de crispación en sus argumentos; la facilidad de lectura...; el acierto en la elección de situaciones y episodios; la simpatía del personaje; el lenguaje asequible, el sentido del humor y, desde otro punto de vista, la necesidad de temas relajantes...» (ob. cit., p. 9).

4. Cristóbal, Ramiro, ob. cit., pp. 22-24.

5. Tras aquellas primeras ediciones con Gilsa, en los años setenta la autora confió en una nueva edición de estas creaciones a cargo de la Editorial Rollán, a la que siguió otra, ya en los ochenta, con Editorial Andina. Entre ellas hay ligeros cambios en títulos e incluso en la ordenación. Para mayor detalle sobre ello, puede verse el catálogo *Autores Españoles de Literatura Infantil*, Madrid: Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1991.

6. Véase, para mayor detalle, J. García Padrino, *Libros y literatura para niños en la España contemporánea*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1992.

7. Entre los diversos testimonios y recuerdos sobre la indudable aceptación popular gozada por las aventuras de Antoñita la Fantástica, personalidades tan distintas como las de Fernando Vizcaino Casas (véase *La España de Posguerra, 1939-1953*, Barcelona: Planeta, 1975, p. 266) y Rosa Montero («Borita la Fantástica y el espejo congelado», en *El País Semanal*, nº 275, 18 de julio 1982, pp. 11-14) coinciden en esos recuerdos nostálgicos de un modo de vida que marcó los años de nuestra posguerra.

Bibliografía

Antoñita la Fantástica, Madrid: Editorial Gilsa, 1948. (*Antoñita la Fantástica tiene mucho que contarnos*, Madrid: Andina, 1984.)

Más historias de Antoñita la Fantástica, Madrid: Ed. Gilsa, 1948. (*Antoñita la Fantástica sigue creciendo*, Madrid: Andina, 1981.)

Antoñita la Fantástica y su tía Carol, Madrid: Ed. Gilsa, 1949. (2ª edición, Madrid: Andina, 1984.)

Antoñita la Fantástica y Titerris, Madrid: Ed. Gilsa, 1951. (Edición en Madrid: Andina, 1982.)

Antoñita la Fantástica se pone de largo, Madrid: Ed. Gilsa, 1951.

Antoñita la Fantástica en el País de la fantasía, Madrid: Ed. Gilsa, 1952. (Edición en Madrid: Andina, 1983.)

La hermana de Antoñita la Fantástica, Madrid: Ed. Gilsa, 1953. (Edición en Madrid: Andina, 1983.)

Cuando Antoñita la Fantástica cumplió diez años, Madrid: Ed. Gilsa, 1955. (Edición en Madrid: Andina, 1982.)

Las amigas de Antoñita la Fantástica, Madrid: Ed. Gilsa, 1954.

Otra vez Antoñita la Fantástica, Madrid: Ed. Gilsa, 1956.

Antoñita la Fantástica en México, Madrid: Ed. Gilsa, 1957. (Edición en Madrid: Andina, 1984.)

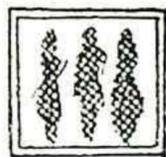
El álbum de Antoñita la Fantástica, Madrid: Ed. Gilsa, 1958.

Antoñita la Fantástica, aprendiza de mujer, Madrid: Andina, 1984.

Antoñita la Fantástica va al colegio, Madrid: Rollán, 1971.

Antoñita la Fantástica y su primera comunión, Madrid: Rollán, 1971.

Antoñita la Fantástica/Borita Casas. Edición, introducción y notas de Ramiro Cristóbal, Madrid: Castalia/Instituto de la Mujer, 1989.



ZARAGÜETA, LA HERMANA DE ANTOÑITA LA FANTÁSTICA, GILSA, 1953.

